

Obsolescencia

Toni Prat*

Al inicio de la Revolución Industrial, a mediados del siglo XVIII, seguramente era muy fácil creer en “la gallina de los huevos de oro”. Habíamos descubierto el modo de obtener objetos de una manera mecanizada y por ello mucho más simple, rápida y económica que cuando se producían de forma manual.

Asimismo, la industrialización comportaría un enriquecimiento exponencial a la gente adinerada que podía montar una industria. Además, facilitaba al recién creado “proletariado” la posibilidad de obtener aquellos enseres y servicios como la nevera, la radio, la luz eléctrica, el automóvil, etc., que habían estado reservados a la aristocracia. Todo un prodigio que, gracias a la ciencia y la tecnología, parecía solucionar gran parte de la economía mundial.

**Tres siglos después,
el consumismo globalizado
sigue extrayendo el máximo
jugo a aquella gallina de los
huevos de oro**

La euforia del descubrimiento no duró muchos años ya que los industriales enseguida se dieron cuenta de que las producciones a gran escala como las que se estaban consiguiendo saturarían los mercados en poco tiempo. Y aunque se recurrió a la invención de artículos insólitos hasta el momento, por ejemplo, el ventilador, el gramófono y otros objetos que proporcionaban comodidad, decoración o entretenimiento, esto no fue bastante para “alimentar” la sorprendente productividad, que cada vez necesitaba más clientes para absorber la manufacturación. Una manufacturación que, debido los avances constantes de la técnica, crecía con una progresión geométrica. Las máquinas eran insaciables, los mercados no. Y así surgió la brillante idea de aplicar la “obsolescencia”, terminología que aprendieron muchos empresarios para aplicarla de modo implícito a todos sus productos. Como síntoma de esto, y de reconocida popularidad, destaca la restricción de la vida útil que tuvo que realizar el Sr. Edison en el caso de las bombillas eléctricas que él mismo había inventado. De tener una durabilidad inicial de 1.500 horas de alumbrado y perfeccionándolas luego

hasta conseguir las 2.500 horas, tuvo que ingeniárselas para reducir la duración de estos artificios hasta un tope de 1.000 horas. Según los comentarios del momento, fue presionado severamente por un lobby de fabricantes que querían programar la vida de los productos que se fabricaban en todo el planeta.

Por lo que concierne al ramo textil, el proceso quizás haya sido a la inversa. Más que la preocupación por evitar la perpetuidad de las prendas -ya que la permanencia de estas en el mercado ha venido marcada sobre todo por la moda-, lo que ha preocupado más al sector empresarial es el abaratamiento de los precios. Ello quizás se deba a que ni aun con la excusa de la moda y la necesidad de comprar para renovar, no conseguían obtener las carteras de pedidos que colmaran su capacidad de producción.

De esta manera hemos llegado al mismo punto: gracias al uso de fibras de baja calidad para economizar la realización de los tejidos, hemos conseguido rebajar considerablemente la vida útil de las prendas. Así, podemos decir que “hemos matado dos pájaros de un tiro”.



Concepto: Toni Prat.
Realización: Pepe Serrano.

Lo que cabe considerar es que, con este sistema, hemos eliminado la posibilidad de gozar, ya desde el primer momento, de las “caricias” de una buena sábana o una toalla. Por mucha “química” que añadamos para embadurnar los hilos, las prendas resultan escasas de fibras de calidad, y por eso empiezan a rascar y estropearse con los primeros lavados.

Por todo ello, y en definitiva, la obsolescencia se muestra como un recurso que, más que advertir de la caducidad de un producto, resulta una excusa perfecta para empobrecer la calidad del mismo, o acortar su vida con el fin de sostener en activo los niveles de producción y mantener o incrementar las ganancias del fabricante. Tres siglos después, el consumismo globalizado sigue extrayendo el máximo jugo a aquella gallina de los huevos de oro que es la industria, a costa, eso sí, de la propia obsolescencia del planeta que habitamos.

***Asesor textil.**
antonipratorials@josoc.cat

Si desea comentar los poemas visuales puede dirigirse a poemesvisuales.com.

Obsolescence

Toni Prat*

In the mid-18th century, the start of the Industrial Revolution, it must have been easy to believe that we had found “the goose that lays the golden eggs”. We had discovered how to machine manufacture goods, which was far simpler, quicker and more inexpensive than manual production.

The industrial revolution also made canny types who were capable of setting up industries fabulously rich. Factories provided the newly-created “proletariat” with opportunities to own

Three centuries on, globalised consumerism is still squeezing the goose that once laid the golden eggs as hard as it can

household goods and services such as fridges, radios, electric light, cars, etc., which had hitherto only been available to the upper classes. This was a wonder which, thanks to science and technology, seemed to sort out much of the world’s economy.

The euphoria of this discovery was short-lived, since industry soon realised that the large-scale productions would soon overwhelm the markets. Although they managed to invent more and more unusual items, for example, the electric fan, the gramophone and other appliances that made life more convenient, or were decorative or entertaining, this was not enough to “feed” a surprising capacity for production, that needed more and more customers to absorb output. The manufacturing industry grew continually with geometric progression due to constant technological advances. The machines were insatiable, but the markets, not so much. Hence emerged the brilliant

idea of “obsolescence”, a concept learned by many entrepreneurs who made it an implicit feature of all their products. One popular illustration of this was the limited useful life of electric light bulbs, a deliberate feature introduced by Mr Edison in the bulbs that he himself had invented. They were initially designed to provide 1,500 hours of light but were perfected to achieve 2,500 hours... that was before the inventor had to figure out how to reduce this to a mere 1,000 hours because, according to the comments at the time, he was subjected to pressure by a lobby of manufacturers who wanted to control the life of the products manufactured on the planet.

With regard to the textile industry, the opposite may well have happened. More than being concerned that garments stick around for too long (since fashion has long dictated their useful life) the sector has been far more interested in keeping prices low. This may be due to the fact that even with fashion and the need to keep buying and updating, manufacturers still couldn’t get enough orders to absorb their production capacity.

The end result is the same: clothes no longer last very long because very low-quality, cheap fibres are used to manufacture fabrics, which also keeps prices low. That’s what we call killing two birds with one stone.

To start with, it is worth considering that this system has robbed us of the pleasure of the silky caress of a good quality blanket or towel. Now that “chemistry” is used to coat threads, garments contain few good-quality fibres, and within a few washes they are rough and start breaking down.

It is clear that all these factors have made obsolescence a resource that, rather than alerting us that a product is about to expire, is a perfect excuse to produce lower quality items or to shorten their useful life to keep production levels high and to maintain or increase manufacturers’ profits. Three centuries on, globalised consumerism is still squeezing the goose that once laid the golden eggs as hard as it can, fuelling industry at the expense of the obsolescence of the planet we inhabit.

***Textile consultant.
antonipratoriol@josoc.cat**

If you have any comment about the visual poems please send it to poemesvisuals.com



Concept: Toni Prat.
Performed by Pepe Serrano.